

El fantasma como escritura: consistencia lógica, consistencia del cuerpo

Oscar Quiroga*

Resumen

El fantasma deviene una dimensión fundamental en el campo del psicoanálisis en orden a pensar aquello que le hace de soporte a un sujeto definido a partir de la falta en ser. En el caso puntual de la obra de Lacan, el fantasma se entrama en una serie de elaboraciones por las cuales Lacan interroga dimensiones clínicas fundamentales de nuestra praxis: la repetición, la pulsión, el goce, el deseo. Es además un ejemplo notable de cómo el autor francés puede servirse de recursos que encuentra en otras disciplinas para ponerlos al servicio de los problemas específicos de la práctica analítica, y de allí que una de sus consideraciones más importantes sobre el fantasma sea llevarlo a la dimensión de la escritura, la cual implica una elaboración de la castración que se sitúa en las antípodas de la anécdota.

Palabras clave: fantasma, escritura, repetición, lógica, gramática.

Abstract

The ghost becomes a fundamental dimension in the field of psychoanalysis to think about what supports a defined subject from the lack of being. In the specific case of Lacan's work, the ghost is intertwined in a series of elaborations through which Lacan interrogates fundamental clinical dimensions of our praxis: repetition, drive, jouissance, desire. It is also a notable example of how the French author can make use of resources found in other disciplines to put them at the service

of the specific problems of analytical practice, and hence one of his most important considerations about the fantasy is to take it to the dimension of writing, which implies an elaboration of castration that is placed in the antipodes of the anecdote.

Keywords: fantasme, writing, repetition, logic, grammar.

Introducción

La estructura del fantasma puede ser considerada como un eslabón en la cadena de las elaboraciones lacanianas sobre la apoyatura del sujeto, o sea aquellas respuestas donde el sujeto puede hacer pie allí donde es definido como efecto del significante y, correlativamente, solidario del fading o desaparición. En esa serie encontramos una primera consideración del fantasma en su pluralidad, Lacan habla de los fantasmas que se emplazan en el eje imaginario del esquema L, campo de los objetos en su multiplicidad. En un segundo momento hará su aparición el concepto de fantasma como fantasma fundamental con la fórmula que lo escribe: $\$ \diamond a$. Este movimiento tiene lugar en el tiempo en el cual Lacan puede plasmar la fórmula de la metáfora paterna que aúna la operación del complejo de castración, y del complejo de Edipo como soporte ficcional. Con lo cual se afirma un vínculo esencial entre la operación del Nombre del Padre y la construcción del fantasma. De allí que nos parezca particularmente relevante destacar que cuando por un lado el fantasma pasa de la pluralidad al

*Lic. en Psicología (UBA). Doctorando en Psicología (UBA). Psicoanalista. Docente de seminarios de la materia Psicoanálisis Escuela Francesa I (Dr De Olaso). Docente de Postgrado de la Institución Ulloa. Autor del libro "El nombre propio y la nominación. Un recorrido genealógico" y de múltiples trabajos publicados en formato digital y libro. Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano | quirogoa@gmail.com

fundamental; inversamente el Nombre del Padre pasa de la singularidad a su pluralización.

El campo de las fantasías freudianas constituye una apoyatura y una referencia para lo que, con Lacan, podemos denominar el campo fantasmático, aun cuando es indiscutible que no podemos homologar a las fantasías con el fantasma. Sin embargo, resulta central destacar un eje en la elaboración freudiana de las fantasías: hay en Freud un trabajo que lo orienta a situar en la fantasía, algo del orden de una constante, término que conlleva asociar a la fantasía con la pulsión y la repetición. Entendemos que este punto será especialmente relevante en el planteo de Lacan, por cuanto el fantasma es el lugar donde se emplaza la fijación pulsional, la cual comanda la repetición.

Partimos de la idea de que el fantasma constituye una especie de menú de goce con el cual el sujeto oferta una satisfacción a la ilusión de la completitud y consistencia del Otro. En la misma medida en que ese goce aporta consistencia al cuerpo del sujeto por cuanto éste debe constituirse.

La nesciencia del sujeto

El amor, el odio y la ignorancia son las tres pasiones que afectan al ser hablante, agitan su espíritu en la medida de la heteronomía que condiciona al sujeto en su existencia. Pero entre ellas la ignorancia destaca por una pertinencia particular, es aquella pasión que da cuenta más cabalmente del no saber correlativo al inconsciente. Esa docta ignorancia que Lacan extrae de la pluma de Nicolás de Cusa no refiere a un no saber atinente a un contenido cualquiera, sino que se trata de ese agujero correlativo a la estructura misma del saber, aquello que el significante no cesa de no escribir y que es consustancial con ese sujeto dividido, subvertido, al que la praxis analítica se dirige. Si el sujeto está entonces dividido y, por ende, sólo puede contarse

en el Otro como falta, se hace necesario que algo venga a hacer las veces de su apoyatura, o sea que haga posible y sustentable que el sujeto pueda incluirse en el Otro.

Ahora bien, se hace indispensable dar cuenta simbólicamente de esa falta que hace posible el advenimiento del sujeto, y de lo que a ella responde, aunque sea obturando. En este contexto cobra importancia la función del falo, tomado en principio desde lo imaginario, tanto a nivel del significado de las idas y vueltas de la madre, como así también la significación fálica, patrón de medida de los objetos (la que los vuelve sustituibles), resultante de la metáfora paterna. Pero hay otro sesgo del falo, el cual devendrá en el significante de la falta en el Otro, lo que lo instituye primero como significante del deseo, y en un segundo momento como significante del goce... faltante.

Esta falta que el significante fálico indica es homologada por Lacan en el seminario 8 a lo intervalar. En este mismo seminario, nos señala la relación entre aquello que el significante fálico denuncia y la vida fantasmática. Lacan (2003) dice: "...el deseo viene a habitar el lugar de la presencia real y a poblarlo con sus fantasmas" (p. 296).

En la enseñanza de Lacan no nos encontramos de entrada con la conceptualización del fantasma fundamental como estructura. Parte de las fantasías freudianas, ubicándolas en el registro de la relación especular y llega al armado de la fórmula del fantasma en el grafo del deseo. Si bien este movimiento implica un giro, que va del soporte imaginario del fantasma al entramado significativo del mismo, esto no significa que lo imaginario, no solo lo especular, ya no juegue allí. En la fórmula del grafo Lacan articula los tres registros: Real, Simbólico, Imaginario.

Una primera precisión que realizar es que, si bien el fantasma no carece de relación con el síntoma,

como lo indican las posiciones de ambos en el grafo, debemos establecer una diferencia clave en cuanto al modo de operatoria del tiempo para cada uno. Del lado del síntoma como formación del inconsciente encontramos la posibilidad de desplazamiento, el funcionamiento del après-coup de la cadena significativa. Del lado del fantasma, en cambio, se trata de una fijeza que implica un tiempo suspendido, aquello que no se modifica por la resignificación a posteriori del significante.

El fantasma aparecerá en Lacan como una escena, lo que nos da ya las resonancias de las reglas de composición de la escena en Freud. Decimos que es una escena que tapa, vela la falta que es el deseo del Otro, lo traumático frente a lo cual el sujeto se encuentra en desamparo. El hecho de definir al fantasma como una pantalla no significa que no muestre; vela y a la vez muestra, cuyo claro ejemplo puede ser la pintura de Magritte "La condición humana".

Habiendo situado el carácter de pantalla como una de las funciones del fantasma, pasemos a la segunda señalada por Lacan: el fantasma es el sostén del deseo (Lacan 2006). Soporta el deseo, es la estructura que, mediando, permite sostener el deseo como deseo del Otro, tal como lo señala en el *Seminario 10 La angustia* (2006). La necesidad de esta mediación está dada por la ausencia estructural de un objeto connatural al deseo. En esta dimensión el fantasma marca los límites de la escena en la cual se va a jugar el deseo para el sujeto y funciona allí como un regulador del deseo. Este marcar los límites nos indica el vínculo del fantasma con el marco, con lo que (más tarde) litoraliza, prefigurando entonces ese camino que lo llevará a tomarlo desde la escritura

El fantasma incluye la relación entre dos términos que son dos posiciones del mismo término: se trata de las posiciones del sujeto como sujeto y como objeto frente al deseo del Otro. La relación entre

ambas posiciones no se da como un encadenamiento, sino que está señalada allí por el losange que los articula, o sea que el fantasma es solidario de una espacialidad que no puede reducirse a la serie significativa en el discurso.

Del lado de la posición del Sujeto como Sujeto barrado ubicamos al sujeto alojado en la significación fálica tal como Lacan lo define en el esquema Rho. Sujeto que al carecer de algo que lo represente en el significante tiene su correlato lógico en el fading que instala la cadena significativa.

Del lado del objeto a de la fórmula, situamos en este momento de su elaboración a aquello que desde lo imaginario le da un falso ser al sujeto, allí donde lo simbólico instala su falta en ser. Este falso ser viene a suplir de algún modo aquello de lo que el sujeto está privado en términos de significante, lo que nos permite establecer una articulación entre el a y el significante fálico. Allí donde el significante fálico indica al sujeto como -1 en la batería significativa, el a cumple la función de tapón de esa falta. El a detiene el fading del sujeto allí donde la nominación falla, y su dimensión imaginaria viene a plasmar la posibilidad de representación de un sujeto que participa de lo evanescente, de lo que se escabulle.

El valor de este objeto a solo es tal por su lugar en la estructura del fantasma, o sea, que la modalidad del a de que se trate para cada sujeto depende del lugar de objeto que el propio sujeto ocupa en el deseo del Otro. No podemos pensar al a sin el paso necesario por el Otro. Este objeto a viene a funcionar sobre el trasfondo de la falta estructural de objeto y por ende su función es inseparable de la operación del significante fálico. En este sentido, el a rescata al sujeto del fading, de la remisión incesante de la significación en la cadena metonímica. Este falso ser viene a suplir la falta en ser estructural del sujeto. El a es entonces lo que

viene a funcionar allí donde el Otro de la demanda de amor desfallece al carecer, el Otro, de una respuesta significativa al deseo. Pero es central señalar que este a no puede agotarse en una faz metonímica, en cuyo caso se deslizaría incesantemente, sino que junto con el sujeto se aloja en el intervalo, allí donde Lacan colocó al deseo. En consonancia con este punto, por el cual el objeto a no puede ser subsumido en el objeto metonímico, Lacan abandonará esa definición inicial del deseo como infinito, para pasar a resaltar su finitud, lo que indica su soporte por algo fijado. Esto implicará un viraje a partir del cual no pueda pensárselo, al objeto a , sólo desde lo imaginario, sino también asociado al corte que opera el significativo sobre el cuerpo. El resto de este corte es el a , lo que le da su estatuto de real. En este punto y paulatinamente Lacan irá produciendo una articulación entre deseo y pulsión en el fantasma. No se tratará allí sólo de sostén del deseo del Otro sino también de goce: la satisfacción de una pulsión. El a , a partir de este abordaje, no solo rescata al sujeto del fading, sino que también funciona como aquello que da consistencia al Otro en tanto definido como un lugar vaciado de goce, y ese es el menú antes referido, con el cual el sujeto, además, se hace un cuerpo.

El funcionamiento del fantasma le posibilita al sujeto evitar el encuentro con esa dimensión insoportable de la falta en el Otro. Por consiguiente, frente a la vacilación del fantasma no puede sino aparecer la angustia, en tanto traducción subjetiva del objeto a . El sujeto queda allí enfrentado en su desamparo al deseo del Otro, a lo que él es como a para el Otro. En este sentido el fantasma es la respuesta privilegiada que vela lo que el significativo fálico, como presencia real, denuncia, de allí su lugar en el grafo del deseo. La angustia será definida entonces como la sensación del deseo del Otro (Lacan, 2006 [1962-1963]). Ya

desde el *Seminario 9* la angustia es el afecto, razón por la cual no engaña, que indica la cercanía a ese enigma innombrable del deseo del Otro.

Pero en función de esa elaboración que hace del fantasma no sólo una respuesta al deseo sino también a la anomalía del goce en el sujeto es que Lacan se orienta a tomarlo desde la dimensión de la escritura.

Escritura, goce y repetición

Algunas características que Freud le atribuye a las fantasías consueñan con algunos planteamientos de Lacan sobre el fantasma fundamental: una composición heterogénea donde se sostiene el determinismo de los síntomas, la dimensión económica, su valor de goce, pero también su valor de verdad, lo ficcional. Por último, lo que Freud llamó soldadura del objeto, con Lacan: el fantasma es el lugar donde se inscribe la fijación pulsional.

En este sentido, al fantasma podemos plantearlo como el lugar donde algo se inscribe. La lógica del fantasma es, para un sujeto, el modo particular en que se inscribe la repetición. Es de especial importancia aquí, diferenciar la lógica del fantasma de la gramática. A esta última la articulamos a la frase fantasmática: un niño es pegado, por ejemplo. Frase que le presta un soporte gramatical a lo mudo del goce. Esta dimensión del fantasma se articula a la identificación, allí se juega un hacerse..., la identificación del sujeto a un objeto.

A diferencia de la gramática, la lógica del fantasma viene de lo real, se articula a la repetición, por ende, no a lo que se dice, sino a lo que se escribe. La podemos pensar desde la fórmula y su desarmado. Si lo pensamos en la dirección de la cura, podemos afirmar que la gramática fantasmática nos permite arribar a la lógica del fantasma, o, en otros términos, detrás de la identificación siempre está la repetición.

Como claramente lo afirma Lacan en el *Seminario 11*, el armado del fantasma coincide con la separación (Lacan, 1991b [1964]). Por ende, su construcción es inseparable de la operación normativizante del Nombre del Padre. Esto justifica que más adelante, y con relación a otras articulaciones, Lacan defina a la realidad psíquica, uno de los nombres del fantasma, como uno de los Nombres del Padre, con lo cual sostenemos que el fantasma es del orden de lo básico, en el sentido de ser basal, hacer las veces de las bases del sujeto.

Por tanto, el fantasma es solidario del corte, operación paterna por excelencia.

Ahora bien, al corte, debemos pensarlo en una doble temporalidad. Hay un primer momento del corte que coincide con la entrada del viviente al campo del lenguaje. Esta primera operación, que en su momento fue definida por Lacan como la pérdida de la naturalidad constitutiva de lo humano, es retomada en el *Seminario La lógica del fantasma* en términos de un vaciamiento (Lacan, 1966-1967). Por efecto del lenguaje se produce el vaciamiento de goce del cuerpo, vaciamiento del goce todo, a partir de lo cual el goce solo será parcial. De este vaciamiento quedará una marca: el rasgo unario. Sin embargo, esto no afecta solo al sujeto; también el Otro queda descompletado por esta operación. Este corte delimita la imposibilidad de hacer consistir el universo de discurso. Lo que ya había sido conceptualizado por Lacan con relación al discurso en el *Seminario La identificación* (1961-1962), es retomado en el *Seminario 14* vía el goce.

Nos encontramos, en el ámbito de este primer tiempo del corte, con un sujeto de hecho, un sujeto desnaturalizado. La operación del Deseo de la Madre será aquí la puerta de entrada para la constitución de un sujeto de derecho; pero, como la captura por el deseo materno deja al niño en posición de súbdito, se introduce aquí (Lacan,

1991a [1964]) "...la necesidad de su refrenamiento por la ley" (p. 793). Será entonces, en la operación metafórica del Nombre del Padre, donde vamos a ubicar el segundo momento del corte. Esta vez con relación a la prohibición de la madre como objeto de goce. Este corte permite y prohíbe, hace interdicto una porción de goce; pero a la vez posibilita otra que estará permitida para el sujeto. En este momento se produce la instalación del discurso, por ende, la regulación y la distribución del goce accesible al sujeto.

Como sabemos, la prohibición es con falla. Planteamos que la heterogeneidad de la fórmula del fantasma da cuenta de ella. El objeto *a* incluido en la fórmula es un pedazo de cuerpo, pero no cualquiera. Esto es lo que el sujeto se llevó del Otro en la separación, lo que lo sigue ligando a él. Pensado desde el Otro, Lacan llama a este, lo "listo para proveerlo" (Lacan, 1966-1967). El segundo término del fantasma es el sujeto barrado como efecto del significante. Entonces, en el campo del Otro están los dos términos que constituirán el fantasma (el objeto y los significantes), lo que falta es la articulación, la cual es provista por el Nombre del Padre, y, por ende, su operación se plasma en el losange de la fórmula.

Allí donde lo materno se define por ser una superficie sin corte, el Padre produce un corte que funda la estructura. Esta operación anticipa lo que luego Lacan llamará nominación, operación que hace agujero. La nominación paterna agujerea, fundando al sujeto de derecho. Entendemos esta fundación no solo con relación al discurso que le hace soporte, sino también en cuanto a su relación al cuerpo y al goce. Precisamente, la condición de este acto es la exclusión: el Nombre del Padre normativiza en la medida que excluye el goce todo. En la misma línea tampoco hay escritura toda, o sea, el fantasma como escritura no puede escribir

todo; su trasfondo es que hay algo que no cesa de no escribirse.

Plantear al fantasma como una escritura no implica pensarlo como escritura poética. No es una escritura tomada desde el sesgo de la producción de sentido, ni tampoco en el sentido de una creación. La referencia de Lacan aquí es la función matemática tomada de Frege, o sea, algo que entra en lo real recortando, agujereando, acotando. La utilización de la referencia fregeana nos muestra ya claramente que este seminario sobre la lógica del fantasma es una bisagra: inaugura otro modo de pensar la lógica en psicoanálisis, un progresivo abandono de la lógica atributiva y el orientarse hacia la lógica cuantificacional, que culminará algunos años después en la lógica de las fórmulas de la sexuación.

En este contexto, Lacan puede pensar dos vertientes de la significancia. Una cosa es tomar al significante en su valor semántico, o sea que por encadenarse produce significación. Otra línea es pensar al significante en su valor lógico: como letra está fuera de sentido. La significancia toma aquí el giro del goce, el significante se corporeiza insuflando goce en un cuerpo previamente desnaturalizado y vaciado de goce.

En esta línea es que Lacan, para definir su lógica del fantasma, parte de un axioma de especificación. (Lacan, 1966-1967) Dice: "... el significante no podría significarse a sí mismo formando parte del universo del discurso". O sea, no solo que el significante no puede saberse a sí mismo, sino que, precisamente por esto, el Otro, como lugar del significante, está constituido por un agujero interno. El Otro deviene aquí un saber que, por estar agujereado, se define como incompleto e inconsistente. Este agujero es una falta imposible de colmar, y en este punto preciso opera el fantasma.

La referencia de Lacan es, entre otras, la conocida paradoja de Russell acerca del catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos. Donde nos encontramos con que, si el catálogo se contiene, según la definición no debería, y si, por el contrario, no está incluido, por la misma razón debería contarse dentro del conjunto. En esta contradicción, como la llama Lacan, fundará la condición del orden simbólico para el sujeto, el que solo se instaura a partir de la exclusión de un significante, el cual, al quedar por fuera del conjunto, funda el campo fálico, con la ilusión del universal que implica. Es lo que Lacan llamará la excepción. Este término que queda por fuera, definido en *La identificación* (1961-1962) como un $- 1$, es planteado en *La lógica del fantasma* (1966-1967) como $+ 1$.

Este pasaje implica una redefinición del rasgo unario, el que deja de estar articulado al Ideal vía la demanda para pasar a un nuevo estatuto articulado al goce. El rasgo unario es falta, remite a lo que no está escrito, estéril lo llama Lacan, ya que no engendra nada. Es el uno que no se escribe, pero sosteniendo lo que sí lo hace. La cuestión es en cada sujeto ¿qué se aloja en ese lugar donde algo no se escribe? Aquí resalta la importancia de la heterogeneidad de la fórmula del fantasma. El elemento central es este objeto a , plus de goce. Por su función, el fantasma se constituye como lo que da la ilusión de un catálogo absoluto. Si lo tomamos vía la gramática, esta aporta, como ya dijimos, una frase, una identificación que obtura lo real del axioma de especificación. Siguiendo el ejemplo freudiano: "un niño es pegado" es un intento de hacer existir la relación sexual. El fantasma se presenta aquí como esa instancia desde la cual el sujeto sostiene la consistencia del Otro, incluso la ilusión de un universo de discurso, el semblante de la verdad como universal.

Tomando el sesgo de la dirección de la cura ya introducida, podríamos agregar que, vía el equívoco significante, se opera un drenaje de sentido y goce. Es decir, se drena el sentido gozado, lo que nos permitirá arribar a esa dimensión de la lógica del fantasma que es correlativa de la estructura de lenguaje del inconsciente. Desde más allá del velo del discurso del Otro, el sujeto se confronta al punto donde lo escrito solo se sostiene de lo que no se escribe: el rasgo unario. La escritura se soporta del borde que produjo el corte. En este punto se articula el significante con lo real del goce del cuerpo, donde se evidencia el no recubrimiento, la falla de la escritura que hace que la sexualidad del sujeto sólo se constituya sintomatizándose.

En los términos en que Lacan lo plantea en *Aún* (1992), decimos que la deconstrucción del fantasma implica la ruptura de la coalescencia entre $S(A)$ y el a minúscula. La escisión entre ambos términos se opera por la cesión del objeto a , lo cual confronta al sujeto con el significante del Otro barrado, significante de la exclusión por antonomasia.

Frente a este punto de inconsistencia e incompletitud que afecta al Otro en su estructura el fantasma defiende. Por un lado, haciendo de soporte de una economía política que hace consistir al cuerpo; además y en consonancia con esto, situando al partenaire del sujeto; y a partir de ambos puntos aportar la ilusión de una completitud imposible, por otro lado, de escribir. Si la completitud aspira a lograrla vía el guion significante, solidario del valor de verdad; la consistencia se asocia a esa resonancia pulsional por la cual el sujeto, como ya dijimos, hace existir un cuerpo.

Referencias bibliográficas

- Lacan, J. [1960] (1991a). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Escritos 2 (14.a ed.). Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Lacan, J. [1960-1961] (2003). *El seminario, Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1961-1962]. *El seminario, Libro 9: La identificación*. Inédito.
- Lacan, J. [1962-1963] (2006). *El seminario, Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1964] (1991b). *El seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. (4.a ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1966-1967]. *El seminario, Libro 14: La lógica del fantasma*. Inédito.
- Lacan, J. [1972-1973] (1992). *El seminario, libro 20: Aun*. (2.a ed.). Buenos Aires: Paidós.